

LA IGLESIA Y LA CULTURA PROFANA
Y
CONCLUSIONES SOBRE LA RESTAURACION
CRISTIANA DE LA CULTURA

Fragmentos de la Carta Pastoral "*La restauración cristiana de la cultura*" de 6 de diciembre de 1953, del entonces Obispo de Astorga, Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. JESÚS MÉRIDA PÉREZ.

En el número 46 de VERO publicamos unos fragmentos de esta misma Pastoral del que fue Obispo de Astorga, Dr. Jesús Mérida. En el presente lo hacemos con otros fragmentos que creemos conservan también la mayor actualidad. Tal vez acrecentada.

La Iglesia y la cultura profana.

No se puede decir, sin incurrir en gravísima calumnia, que la Iglesia sea enemiga de la cultura, que siempre utilizó como uno de los medios más importantes de su apostolado, en virtud del divino mandamiento de enseñar a todas las gentes, y fue a refugiarse en el seno de sus escuelas y monasterios para no perecer en el gran cataclismo histórico del desmoronamiento del Imperio romano, durante el cual la Iglesia quedó constituida en única heredera y depositaria de la cultura, porque fue la única institución que se mantuvo en pie en medio de aquel inmenso montón de ruinas, donde quedaron sepultadas todas las demás instituciones de la civilización antigua, y la única que hizo frente a la barbarie hasta desterrarla de Europa.

"Ninguna institución humana —escribió el Cardenal Pla y Deniel— ha promovido con tanto ardor la cultura como la Iglesia Católica. Ha sido la gran amadora de la verdad y de la ciencia, aun natural, al ser la fidelísima custodia de la revelación. San Basilio defendió la utilidad del estudio de los clásicos paganos, separando en ellos lo erróneo o moralmente peligroso de lo útil para la formación humanística; de Santo Tomás de Aquino, el Doctor Universal de la Iglesia, se ha dicho con razón que reconcilió a los grandes pensadores con

Dios porque utilizó cuanto de verdad se encerraba en los filósofos griegos, especialmente en Aristóteles; en los monasterios basilianos y benedictinos se salvaron los códigos griegos y latinos; las primeras escuelas nacieron en la Edad Media al lado de las Catedrales; la Iglesia fue la madre de las grandes Universidades, teniendo aún la salmantina en su seno las llaves pontificias; los Papas no pretenden dogmatizar en ciencias naturales, pero junto al Vaticano instituyen la "Academia de las Ciencias", y museos, y bibliotecas, y abren sus archivos a los doctos investigadores, porque la Iglesia nunca teme la verdad. Pudiera decirse que la Iglesia adora a Dios en toda verdad de ciencia o de fe, porque una y otra proceden de Dios como enseña el Concilio Vaticano" (42).

En la misma formación de su Clero, en Universidades Eclesiásticas, Facultades Pontificias y Seminarios Diocesanos, siempre —pero especialmente a raíz de la trascendental reforma universitaria llevada a cabo por la Constitución Apostólica *Deus scientiarum Domini* y las modernas disposiciones sobre Seminarios, emanadas de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades— la Iglesia ha puesto especial interés en que sus futuros ministros nada ignoren de cuanto en las disciplinas profanas, sean las que fueren, convenga saber, ya para comprender mejor la fe católica y a los hombres que han de recibirla, ya para dar prestigio y competencia al sacerdote, al educador, al apóstol.

La actividad de la Iglesia en el campo de la cultura profana es incesante y se manifiesta principalmente en la espléndida floración de Universidades que surgen dondequiera que encuentran condiciones favorables para su organización; exigiendo, en todo caso, en sus convenios con los Estados el reconocimiento de su derecho a crearlas; como ha sido consignado, con la mayor amplitud, en el artículo 31 del nuevo Concordato español. Derecho que anhelamos cristalice pronto en una Universidad española de la Iglesia, porque —lo repetimos una vez más— tenemos el profundo convencimiento de que en España no habrá pensamiento genuina y auténticamente católico, en todo el amplio e integral contenido de la palabra, mientras no exista la Universidad organizada y regida por la Iglesia bajo su directa y exclusiva responsabilidad, y en la que, como el Papa decía a un grupo de universitarios, "con profundo estudio de las ciencias profanas marche a la misma altura el

(42) EMMO. CARD. PLA Y DENIEL: *Past. cit.*

progreso de la ciencia religiosa y de la perfección de la vida interior". Universalidad de la Iglesia que, ni como Obispo, ni como universitario, concebimos enfrente, sino al lado de la Universidad del Estado, no en oposición, sino en noble emulación con ella, colaborando en la común tarea de que España, sin perjuicio de la especial rectoría espiritual que la Providencia le ha asignado en la comunidad de pueblos hispánicos, sea realmente "unidad de destino en lo universal", en misión ecuménica de apostolado y de cultura, que fue la auténtica misión de la Universidad imperial del Siglo de Oro, creada por la Iglesia para servir los ideales del universalismo y de la catolicidad.

Conclusión sobre la restauración cristiana de la cultura.

El problema es grave y tal como para hacer reflexionar al ánimo más superficial. La preocupación ha pasado de la mente de los Prelados y de los círculos de especialistas a las columnas de la prensa diaria. Porque aquel confusionismo, al cabo del cual, como os decíamos al principio, algunos adivinaban una desorientación peligrosa, se está produciendo ya en nuestros días. Gran parte de nuestros jóvenes ha sufrido esa desorientación espiritual y experimenta una peligrosa inquietud intelectual. "Nuestra juventud —ha escrito Nuestro Venerable Hermano el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo-Obispo de Barcelona— está hoy en no pequeña parte influida, merced principalmente a la poca prudencia en las lecturas, por escritores de ortodoxia, no ya dudosa, sino abierta o encubiertamente heterodoxa, Es incalculable el daño que esto puede ocasionar. Si no se pone coto a esa influencia, un día no lejano tendríamos que probar sus amargos frutos" (55).

Y, ciertamente, ése es el gran peligro. La Iglesia tiene, en las palabras de Cristo, la garantía de la indefectible asistencia divina, confirmada por la experiencia de veinte siglos y, como ha dicho el Papa, "todo nuevo amanecer la halla serena y todo nuevo sol la besa, al levantarse, con sus dorados rayos".

(55) Pastoral *Para un mundo mejor* ("Boletín Oficial del Obispado de Barcelona", 15 de abril de 1953, pág. 188).

Pero las organizaciones sociales no gozan de ese privilegio de perennidad. Mueren los hombres, aun los que parecían inmortales, y se hunden las instituciones humanas, para ser arrastradas por el río revuelto de la historia.

Por eso no debemos vivir en "ciudad alegre y confiada", esperando de un nuevo milagro de la Providencia la salvación, si otra vez se produjera la catástrofe; pues, a pesar del sincero y exaltado patriotismo de nuestra juventud, sería arriesgado pedir a una generación que, en los albores de la adolescencia, presenciara las glorias, pero también los sufrimientos, de nuestra Cruzada y los horrores de la revolución roja, que apenas transcurrido un cuarto de siglo, realizara la misma cruenta inmolación triunfalmente consumada por la generación precedente; sobre todo si llega a ganarla el desaliento, al que debe ser "inasequible", ante la efímera eficacia del anterior heroico sacrificio.

Y que esa nueva catástrofe se pueda producir no está fuera de toda humana posibilidad, porque, con arreglo a una lógica inexorable, las mismas causas producen indefectiblemente los mismos efectos; y ya habréis visto cómo de nuevo se está sembrando en las almas el desconcierto que dio lugar a aquella trágica subversión.

Las ideas han gobernado siempre el mundo, y fatalmente se traducen en actos, sin que a la larga lo puedan impedir ni la coacción externa, ni una acertada política, ni una recta administración.

Y nosotros, deslumbrados por el catolicismo ejemplar de nuestros gobernantes, por el reconocimiento público de nuestra sacrosanta Religión, por la paz social que, gracias a Dios, disfrutamos, miramos, con imprudente optimismo, sólo al triunfo de la calle, y no damos importancia a las filosofías de los intelectuales, que, entre tanto, desde la cátedra y fuera de ella, van depositando en las conciencias los gérmenes que pueden llevarnos a otra más sangrienta convulsión. Para provocar este incendio en el campo agostado por ese desconcierto subversivo bastaría el fulminante de cualquier nimia incidencia social o política que nadie es capaz de prever.

Así se repetiría una vez más el hecho, frecuentemente consignado en la historia, de que las armas son finalmente vencidas por las ideas. La España de 1936, gloriosamente triunfadora en el campo de batalla, resultaría tristemente vencida en el campo de la cultura; como la España de 1812, que venció militarmente a Napoleón, resultó en las Cortes de Cádiz ven-

cida por el espíritu de la Revolución francesa, que *el gran Corso* había importado a nuestra Patria.

De ahí la necesidad de esta restauración cristiana de la cultura de que os venimos hablando, no para romper la lira de Homero, sino para bautizarla; no para renegar del progreso moderno, sino para iluminarlo con aquella "Luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo" (56); no para condenar el colosal esfuerzo de una técnica de posibilidades gigantescas, sino para dominarla con una energía espiritual, de potencialidad también atómica, que libre al hombre de recaer, con todo su tecnicismo, en una nueva forma de barbarie; no para rechazar de plano el pensamiento moderno y los nuevos sistemas filosóficos, sino para aceptar lo que de ellos se encuentre aceptable dentro de los principios de la ortodoxia católica, que pertenece a la esencia de España y debe informar, por tanto, toda nuestra vida nacional.

Porque estamos empeñados, venerables Hermanos y amados Hijos, en la recreación de una patria que realice, en cuanto sea posible, el ideal de paz, prosperidad y religiosidad según las exigencias del Catolicismo. Los heroísmos de la Cruzada Nacional tuvieron su razón de ser en este ideal sublime, que inspiró a los que derramaron su sangre en el campo de batalla, o ante el pelotón asesino, a los que languidieron en las cárceles y en las checas, a los que ofrendaron sus bienes y sus personas para los servicios nacionales, a los que elevaron al cielo continuas y anhelantes oraciones y sacrificios por el triunfo de la santa causa, a los que con sus plumas la enaltecieron y defendieron contra las calumnias e incomprensiones. Este ideal abarca muchos bienes de orden material y meramente natural, como riqueza, poder, ciencia, sin los cuales no puede haber paz ni prosperidad; pero el principal es la cultura y la vida católica, como factor de unidad, garantía de las mismas virtudes cívicas, luz orientadora de nuestro concepto de la vida, norma de nuestra actividad y causa primera y más eficaz de una convivencia pacífica y feliz.

Ese catolicismo consciente y universal de nuestro pueblo, especialmente de nuestras clases cultas, debe ser mirado como la meta de nuestra educación nacional, a cuyo alcance han de ordenarse los planes y los métodos y toda la organización de la vida académica. Porque es el ideal más o menos vivamente sentido, pero real, de una sociedad en que todas las familias

(56) Io., 1, 9.

son católicas y desean, por lo mismo, que sus hijos reciban una educación católica. Un Estado que en tales circunstancias no secundara eficazmente la voluntad de las familias, asegurándoles en los centros nacionales los medios de una educación católica, entre los cuales ninguno más importante que el profesor católico, sería un Estado divorciado de la comunidad y positivo enemigo de ella.

Si, como acaba de decir el Papa a los juristas católicos italianos, "ninguna autoridad humana, ningún Estado, ninguna Comunidad de Estados, cualquiera que sea su carácter religioso, pueden dar un mandato positivo o una positiva autorización de enseñar o de hacer lo que sea contrario a la verdad religiosa o al bien moral"; si es cierto, aunque no "absoluta e incondicionalmente", que todo Estado tiene el deber de impedir y de reprimir las desviaciones morales y religiosas, no como "última norma de acción", sino "subordinado a más altas y más generales normas" que en "algunas circunstancias" permitan y aun aconsejen la tolerancia del error doctrinal o del extravío moral, aun siendo posible su represión, por la necesidad de evitar mayores males o promover bienes mayores en el orden interior; y en otras "circunstancias determinadas", como enseña el mismo Pontífice, justifiquen la referida tolerancia por el "interés de un bien superior y más vasto" en el orden internacional, dentro de una Comunidad de Estados; mucho menos se pueden concebir aquel mandato o autorización, o el incumplimiento de este deber en un Estado como el español, que por exigencia constitucional es católico y, por ende, está obligado a promover la educación católica de la juventud y a facilitar el incremento de una cultura católica con todo el complejo de criterios, orientaciones y sentimientos en que esa cultura consiste.

Ni la caridad cristiana ni la convivencia exigen el sacrificio de un bien tan grande como es el de la católica formación, en aras del mérito filosófico, científico o literario de un heterodoxo. No sólo no lo exigen, sino que ni siquiera lo consienten. Porque no es caridad dañar a la fe y a la moral de nuestros jóvenes por dispensar favores y honores a un intelectual acatólico; y no es fomentar, sino debilitar la convivencia entre españoles, el destruir la base más sólida de la unidad de criterios y sentimientos, que implica la unánime profesión de la fe católica. La pérdida de esa unidad nos llevaría no a una más firme convivencia en el plano de algunos otros principios—no sabemos cuáles— más universales normativos de la vida

ciudadana, sino al revés, a una guerra intestina motivada por intereses y puntos de vista irreconciliables, contrapuestos cada día con mayor apasionamiento.

Venerados Hermanos y amados Hijos: "Resistid firmes en la fe", como diariamente, por boca de sus sacerdotes y con palabras de San Pedro, recuerda la Iglesia a los fieles en su oración litúrgica oficial (57). "Jesucristo el mismo que ayer es hoy y lo será por los siglos. No os dejéis, pues, descaminar por doctrinas diversas y extrañas" (58) ni os dejéis llevar aquí y allá "de todos los vientos por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error. Antes bien, siguiendo la verdad con caridad, en todo vayamos creciendo con Cristo, que es nuestra cabeza" (59); "huyendo de contiendas de palabras, porque de nada sirven, sino para pervertir a los oyentes" (60). Ni en la vida religiosa, ni en la vida social, ni en la vida de la cultura, "nadie puede poner otro fundamento que el que ya ha sido puesto, el cual es Jesucristo" (61). Y vosotros, "edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas" (62), sobre esa "piedra viva, desechada, sí, de los hombres, pero recogida por Dios para ser la principal piedra angular del templo santo del Señor" (63), perseverad en la "sana doctrina" (64) que os predicara el Hijo del Trueno, para que hoy, como ayer y siempre, vuestra fe, cual la de los Romanos, sea celebrada por todo el mundo (65).

"Velad y estad firmes en la fe —como dice San Pablo— obrando varonilmente y mostrándoos fuertes "contra todo ataque, venga de donde viniere, que, abierta o encubiertamente, pretenda extinguir o debilitar esa llama divina que es luz de las almas (66).

"Todo lo que no es según la fe, es pecado", como escribe el mismo Apóstol, y principalmente "pecado de entendimiento", que no tiene siquiera la atenuante de la humana flaqueza;

(57) 1 Pct., 5, 9.

(58) Hebr., 13, 8-9.

(59) Eph., 4, 14-15.

(60) 2 Timoth., 2, 14.

(61) 1 Cor., 3, 11.

(62) Eph., 2, 20.

(63) Act., 4, 11; 1 Pct., 2, 4; Eph., 2, 20.

(64) 1 Timoth., 1, 10.

(65) Rom., 1, 8.

(66) 1 Cor., 16, 13.

y tal fue la rebeldía del ángel caído, la mayor con que la criatura puede alzarse contra el trono de Dios (67).

Vivid de la fe, como vive el justo (68); como vivió siempre en las épocas de su mayor grandeza esta España, que "gana su máxima autenticidad sirviendo históricamente al modo católico de entender la verdad religiosa" (69). Porque es nuestra fe, la que en todo tiempo nos hizo alcanzar victoria sobre el mundo (69 bis); y sin ella, a individuos y a pueblos "es imposible agradar a Dios" (70).

Rechazad todo magisterio, cualquiera que sea su intelectual alcurnia, que no tenga por base incommovible el Divino Magisterio de Jesús, porque "uno es vuestro Maestro, Cristo" (71). "Nadie os deslumbré con sutiles discursos... ni os seduzca por medio de una filosofía inútil y falaz, fundada en tradiciones humanas, conforme a las máximas del mundo, y no conforme a Jesucristo" (71 bis).

Guardad el depósito a vosotros confiado, "evitando las vanidades impías y las contradicciones de la falsa ciencia, que algunos profesan, extraviándose de la fe" (72); el depósito de la cultura genuinamente española, que recibisteis de vuestros antepasados y que, incrementado con los progresos de la verdadera ciencia, habréis de transmitir a vuestros sucesores íntegramente, sin contaminación ni tergiversación alguna; de aquella cultura que no es europea ni occidental, sino sencillamente universal por ser *católica*, y que cuando D. Francisco Navarro, prior de Roncesvalles, regía los estudios salmantinos se llamaba escuetamente cristiana.

Orad por la "conversión de los sabios", que, "abandonando la vía recta" (73), "erraron en su camino" (74), para que el "Señor Dios de las ciencias" (75), en su infinita misericordia, ablandando sus corazones endurecidos por el orgullo, les ilumine con la luz de la fe y les dé a conocer la verdad por mediación de María, a quien la Iglesia canta como Reina de la

(67) Rom., 14, 23.

(68) Hebr., 10, 38.

(69) LAÍN ENTRALGO: *España como problema*, pág. 142.

(69 bis) Ep. 1.^a Jo., 5, 4.

(70) Hebr., 11, 6.

(71) Mat., 23, 10.

(71 bis) Coloss., 2, 4-8.

(72) 1 Timoth., 6, 20-21.

(73) 2 Pct., 2, 15.

(74) Is. 47, 15.

(75) 1 Reg., 2, 3.

cultura por ser "Sede de la Sabiduría" (76) y "única debeladora de todas las herejías en el universo mundo" (77). Orad por los intelectuales que "se extraviaron por los caminos del error" (78), para que sean de nuevo iluminados por los resplandores de la verdad católica, y, reconociendo que, si es mucho lo que saben, es infinitamente más lo que ignoran, reciban con humildad de corazón las lecciones de divina sabiduría que, para confundir la soberbia humana, nos va a dar Cristo, dentro de unos días, desde su cátedra levantada en la abyección de un establo. Orad para que los intelectuales católicos irradien con fuerza la luz de las ideas cristianas, porque sólo su proyección sobre nuestras actuales angustias puede librarlos de ellas y marcar nuevos caminos de salvación a este mundo, que, como ha dicho el Papa, "camina, sin saberlo, por los derrotados que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos" (79).

(76) *Letanias lauretanas.*

(77) *Oficio común de la Santísima Virgen, tercer nocturno de máñtines.*

(78) Sap., 12-24.

(79) *Alocución a los fieles de Roma* (10 de febrero de 1952).